

de no imprimir dicho periódico ni otro alguno de la misma índole. Por cuya razón la Federación del Jura quedó sin representación en la prensa.

Además, los políticos suizos, que miraban con malos ojos la agitación anarquista que tenía lugar en su país, se condujeron privadamente de tal modo, que obligaron á los jefes principales suizos de aquella Federación á retirarse de la vida pública ó á morir de hambre. A Brousse lo expulsaron de Suiza; Jaime Guillaume, que durante ocho años había mantenido á través de todos los obstáculos el órgano oficial de la Federación, viviendo principalmente de dar lecciones, no encontraba ocupación, y al fin se vió obligado á dejar el país y trasladarse á Francia. Adhémar Schwitzguébel no encontraba trabajo en su oficio de relojero, y agobiado por el peso de una numerosa familia, tuvo que retirarse del movimiento. Spichiger, que se hallaba en el mismo caso, emigró. Ocurriendo, pues, que yo, á pesar de ser extranjero, tuve que hacerme cargo de la publicación del periódico órgano de la Federación. Vacilé, como es natural, antes de acometer la tal empresa; pero como no había otro remedio, emprendí la obra en compañía de dos amigos, Dumartheray y Herrig, sacando en Febrero del 79, en Ginebra, un quincenario con el título de *Le Révolté*, y teniendo yo que escribir casi todo el número. Sólo contábamos con veintitrés francos para empezar; pero todos nos dedicamos á buscar suscripciones, consiguiendo dar á luz el primer número. Era moderado en la forma, pero revolucionario en el fondo, é hice lo posible por redactarlo en un lenguaje tal, que las cuestiones complejas, lo mismo históricas que económicas, se hallaran al alcance de todo obrero inteligente. A seiscientos llegaba el máximo de los ejemplares que se tiraban del órgano anterior. De *Le Révolté*, publicamos dos mil, y en pocos días todos se habían colocado. Su éxito fué completo; aun sigue publicándose en París, con el nombre de *Temps Nouveaux*.

Los periódicos socialistas propenden á menudo á convertirse en memoriales de agravios contra el régimen actual. En ellos se relatan los sufrimientos de los trabajadores de las minas, las fábricas y los campos; la miseria que aflige á aquellos y sus padecimientos durante la huelga son descritos con esos colores; su impotencia en la lucha legal con los patronos se pone de manifiesto, y esta sucesión de esfuerzos inútiles, dados á conocer por la prensa, ejerce una influencia muy deprimente en el ánimo del lector. Para contrarrestarla, el periodista tiene que acudir principalmente á un lenguaje enérgico, con el cual procura despertar al dormido y avivar la fe del incrédulo.

Yo, por el contrario, pensé que un periódico revolucionario debe ser, ante todo, quien ponga de manifiesto esos síntomas que en todas partes anuncian la venida de una nueva era, la germinación de nuevas formas de vida social y la creciente rebeldía contra las caducas instituciones. Estas señales de los tiempos deberían ser atentamente observadas, reunidas según sus afinidades y agrupadas de tal modo que hicieran ver á los espíritus vacilantes de las mayorías la ayuda invisible y con frecuencia inconsciente que las ideas avanzadas encuentran en todas partes cuando un renacimiento de vida intelectual tiene lugar en la sociedad entera. El identificarse con las aspiraciones del corazón humano en toda la superficie del planeta, con los actos de rebeldía contra

las antiguas y añejas injusticias sociales, con sus esfuerzos encaminados á buscar nuevas formas; tal debía ser el principal deber de una publicación revolucionaria. La esperanza y no la desesperación, es lo que da el triunfo á las revoluciones.

Los historiadores nos dicen con frecuencia de qué modo este ó aquel sistema filosófico ha realizado un cambio primero en el pensamiento humano y después en las instituciones. Pero ésta no es la historia; los más grandes filósofos sociales no han hecho más que apercibirse de los cambios que se avecinan, comprender sus íntimas relaciones, y, ayudados por la inducción y la intuición, predecir lo que ha de ocurrir. También puede ser fácil el fraguar un plan de organización social, tomando como punto de partida algunos principios y desarrollarlos hasta sus últimas consecuencias, como se hace con una conclusión geométrica deducida de varios axiomas; pero esto no es sociología.

No es posible pronosticar correctamente con carácter social, á menos de no perder de vista la multitud de signos que dan á conocer la nueva vida, separando los hechos anormales de aquellos que son esencialmente orgánicos y edificando sobre esta base la generalización.

Esa era la manera de pensar con que yo quería familiarizar á mis lectores, haciendo uso de un lenguaje claro y sencillo, á fin de acostumar aun á los más modestos á juzgar por sí mismos todo lo referente á la cuestión social y corregir, si es necesario, al pensador, en el caso que éste llegue á conclusiones erróneas.

En cuanto á la crítica de lo existente, sólo me ocupé de ella para desarraigar las causas del mal y demostrar que un fetichismo profundamente implantado y cuidadosamente mantenido respecto á las antiguas costumbres, correspondiente á fases anteriores del desarrollo humano, y una generalizada cobardía de la mente y de la voluntad, son las principales fuentes de todas las calamidades.

La cooperación de Dumartheray y Herzig me fué en extremo provechosa; el primero era hijo de una de las más pobres familias de Saboya; su instrucción no pasaba de los primeros rudimentos, y, sin embargo, era uno de los hombres más inteligentes que jamás he conocido. Sus apreciaciones de los acontecimientos corrientes y de los hombres del día eran tan notables, por su extraordinario buen sentido, que á menudo resultaban proféticas. Se distinguía igualmente como uno de los más notables críticos de la literatura socialista de la época, y nunca se dejaba intimidar por palabras retumbantes y frases huecas.

Herzig era un joven dependiente de comercio, natural de Ginebra; hombre de emociones comprimidas, tímido, que se ruborizaba como una joven al expresar una idea original, y quien después de mi arresto, cuando quedó hecho cargo de la continuación del periódico aprendió á escribir muy bien, gracias á su fuerza de voluntad. A pesar de haberle cerrado sus puertas todos los patronos, y sufriendo en compañía de su familia los rigores de la miseria, no abandonó el periódico hasta que se hizo posible trasladarlo á París.

En el juicio de estos dos amigos se podía confiar implícitamente. Si Herzig fruncía el ceño murmurando: « Sí, bueno, puede pasar », ya se sabía que el párrafo no era viable. Y cuando Dumartheray, que siempre se quejaba del mal estado de sus gafas cuando tenía que leer alguna

nota manuscrita, por muy clara que fuera la letra, por cuyo motivo generalmente no leía más que pruebas, se interrumpía exclamando: « ¡No, eso no encaja bien! », comprendía yo en el acto que algún error se había cometido y trataba de ponerle remedio. No se me ocultaba que era inútil preguntarle el por qué encontraba mal aquel pasaje, pues es seguro hubiera contestado: « Eso no es cuenta mía, sino vuestra. Todo lo que yo puedo decir es que no está bien ». Mas como yo veía que tenía razón me ponía á rehacer el punto aludido, ó, tomando el componedor, levantaba otro nuevó en lugar de aquél.

* * *

Debo también hacer constar que no escaseaban las dificultades. No bien habíamos publicado cuatro ó cinco números, cuando el dueño de la imprenta nos dijo que nos fuéramos con la música á otra parte. Para los trabajadores y sus periódicos, la libertad de imprenta escrita en la constitución tiene más cortapisas de lo que parece. El patrón no era enemigo de la publicación; por el contrario, le gustaba; pero en Suiza todos los establecimientos tipográficos dependen, más ó menos, del gobierno, quien les proporciona trabajos estadísticos y de otra índole, y se le hizo saber al amo del nuestro que, si continuaba imprimiéndolo, no contara con más órdenes del estado.

Recorrí toda la parte de Suiza que habla francés, y en toda ella recibí igual contestación, aun de aquellos á quienes no disgustaban las ideas, respondiendo todos en estos ó parecidos términos: « No podemos vivir sin trabajarle al gobierno, el cual nada nos ordenaría desde el momento que aceptáramos el publicar *Le Révolté*.

Volví, pues, á Ginebra muy desanimado; pero Dumartheray se hallaba en cambio muy confiado y lleno de energía. « La cuestión es bien sencilla — nos dijo —; compramos lo que se necesite á tres meses fecha, y en ese tiempo hallaremos manera de atender á nuestros créditos ». « Pero si no tenemos más que algunos centenares de francos » — me aventuré á contestar —. « El dinero es lo de menos; él no nos faltará. Ordenemos, desde luego, los tipos y publiquemos en seguida el próximo número, y vendrá lo preciso para el caso ». Y así fué, en efecto: cuando se imprimió el primer número en nuestra propia « imprenta jurásica », dimos á conocer la situación y publicamos además un par de pequeños folletos, tomando todos parte en el trabajo; el dinero vino, la mayoría en cobre y plata menuda, pero ello es que llegó. Una y otra vez, durante mi vida, he oído quejarse en los partidos avanzados de la falta de dinero, y, no obstante, mientras más tiempo pasa, más me persuado de que nuestra principal dificultad no es tanto la falta de dinero como de *hombres* que marchen resuelta y francamente, en línea recta, hacia una aspiración definida y sepan comunicar su entusiasmo á los demás.

Durante veintiún años, nuestro periódico ha seguido viviendo al día, apareciendo en casi todos los números un llamamiento en demanda de fondos; pero mientras haya quien dedique á él todas sus energías, como Herzig y Dumartheray hicieron en Ginebra, y como Grave ha hecho en París, el dinero no cesará de entrar, y un ingreso anual de

20000 francos se recaudará, — compuesto principalmente de la calderilla y pequeñas monedas de plata de los trabajadores — destinado á cubrir los gastos de impresión del periódico y algunos folletos. Para esto, como para todo lo demás, los hombres son de mucho más valor que el dinero.

Instalamos nuestra imprenta en un local muy reducido, y un cajista que procedía de la pequeña Rusia se comprometió á hacer el periódico por la modesta suma de sesenta francos al mes. Con sólo poder comer bien frugalmente é ir alguna vez que otra á la ópera, se daba por satisfecho, « ¿Vas á tomar un baño turco, Juan? » — le pregunté una vez que lo encontré en la calle con un pequeño lío bajo el brazo. « No, es que me mudo » — me respondió con su voz constantemente melodiosa y su acostumbrada sonrisa.

Desgraciadamente no sabía francés. Yo procuraba escribir mis originales con la mejor letra posible, pensando á menudo en el tiempo que había perdido en la escuela, en la clase de nuestro buen Ebert; sin embargo, él trataba de leerlo lo mejor que podía, y aunque en vez de « immediatment » solía poner « inmundiatmunt » ú otra cosa por el estilo, como el espacio no variaba y no era necesario alterar la extensión de la línea al hacer la corrección, bastando con reemplazar unas letras por otras, no lo pasábamos del todo mal. Nuestras relaciones con Juan eran amistosas, y bajo su dirección aprendí algo de tipografía. La composición se terminaba siempre á tiempo para llevar las pruebas á un compañero suizo, que era el editor responsable, y á quien se las presentábamos antes de tirar el número, después de lo cual se portaba todo á un establecimiento donde se imprimía. Nuestra « Imprenta Jurásica » se dió pronto á conocer, gracias á sus publicaciones, y en particular por sus folletos, que Dumartheray no permitía se vendieran á más de diez céntimos, y cuya redacción estaba hecha en un estilo completamente nuevo. Debo confesar, sin embargo, que algunas veces me permití envidiar aquellos escritores que pueden desarrollar su pensamiento con la mayor extensión posible, y á quienes se les permite hacer la conocida excusa de Talleyran: « No he tenido tiempo de ser breve ». Cuando tenía que condensar los resultados de varios meses de trabajo — sobre, digamos, por ejemplo, los orígenes de la ley — en un folleto de diez céntimos, era indudable que necesitaba tiempo para escribir con brevedad; pero como lo hacíamos con destino á los trabajadores, no perdíamos de vista que veinte céntimos suelen ser para muchos de ellos una cantidad excesiva. El resultado fué que nuestros folletos de diez y cinco céntimos se vendieron á millares y fueron traducidos á otras lenguas. Los principales de esa época fueron publicados más tarde, mientras yo estaba preso, por Eliseo Reclus, con el título de *Palabras de un Rebelde (Paroles d'un Révolté)*.

Francia era siempre el punto objetivo de todas nuestras aspiraciones; pero como dicho libro se hallaba terminantemente prohibido en ese país y los contrabandistas tienen tantas cosas buenas que introducir en él procedentes de Suiza, no querían ocuparse de los asuntos nuestros. Una vez fuí en su compañía y crucé con ellos la frontera; vi que eran buenas gentes y de confianza, pero no logré mi propósito. Todo lo que se pudo hacer fué, pues, enviarlo bajo sobre á un centenar de personas en Francia, sin cargar nada por el franqueo, confiando en la sus-

cripción voluntaria de nuestros amigos para cubrir los gastos extraordinarios, cosa que nunca nos faltó; pero á menudo pensamos que la policía francesa había perdido una buena oportunidad de arruinarnos, suscribiéndose á cien ejemplares y no mandando nada en cambio.

Desde el primer año tuvimos que confiar en nuestras propias fuerzas; pero gradualmente Elíseo Reclus se fué interesando en el asunto, dándole, después de mi arresto, más vida que nunca al periódico. Este amigo me había invitado á que le ayudara en la preparación del volumen de su monumental geografía, en la parte referente á los dominios rusos en Asia, pues aunque había aprendido el ruso, creía que, como yo conocía bien á Siberia, podría serle útil, y como mi esposa se hallaba delicada de salud y el médico le había ordenado no siguiera expuesta á los vientos de Ginebra, nos trasladamos en los primeros días de la primavera del 80 á Clarens, donde aquél residía entonces. Nos instalamos, por consiguiente, allí en una casita con vistas á las azules aguas del lago de Ginebra, que se encontraban en segundo término y á las nieves que cubrían el Dent du Midi, que cerraba el fondo del cuadro. Un arroyo que después de la lluvia rugía como un torrente, arrastrando inmensas rocas y cavándose un nuevo lecho, corría al pie de nuestras ventanas, y en la vertiente del opuesto cerro se levantaba el antiguo castillo de Chatelard, cuyos dueños, hasta la revolución del *burla papei* (los incendiarios de papeles), en 1779, imponían sobre los campesinos que poblaban las inmediaciones vejatorios impuestos con motivo de los nacimientos, matrimonios y defunciones. Aquí, con el concurso de mi mujer, con quien acostumbraba á discutir sobre todos los acontecimientos y los trabajos realizados, y que ejercía una severa crítica literaria sobre estos últimos, fué donde produje lo mejor que hice para *Le Révolté*, entre lo cual se encuentra el llamamiento «A los Jóvenes», que tanta aceptación halló en todas partes. En una palabra, en este lugar eché los cimientos y tracé las líneas generales de todo lo que escribí más adelante.

En Clarens, además del trato con Elíseo Reclus y Lefrançais, que desde entonces siempre he cultivado, me hallaba en íntimas relaciones con los obreros, y aunque trabajaba bastante en la geografía, todavía me era dado contribuir en mayor escala que de ordinario á la propaganda anarquista.

VIII.

En Rusia, la lucha en favor de la libertad tomaba cada vez un carácter más alarmante. Varios procesos políticos habían sido vistos en las Audiencias — el de «los ciento noventa y tres», el de «los cincuenta», el de «el círculo de Dolguskin» y otros —, y en todos ellos el mismo hecho resultó aparente. La juventud estudiosa había ido á predicar el socialismo á los trabajadores del campo y á los de las fábricas, distribuyendo entre ellos folletos de la idea impresos en el extranjero, habiéndose hecho llamamientos á la revolución, de un modo vago é indeterminado, contra las opresivas condiciones económicas. Por último, no se hizo nada distinto de lo que ocurre en toda agitación socialista en cualquier país del mundo. No se hallaron trazas de cons-

piración contra la vida del zar, ni rastro alguno de que se preparaba una revolución, porque semejante cosa no existía. La gran mayoría de la referida juventud era en aquella época contraria á la violencia. Y mirando ahora con tranquilidad del ánimo hacia aquel movimiento que duró desde el 70 al 78, puedo afirmar, sin temor á equivocarme, que los más se hubieran dado por satisfechos con sólo haber podido vivir al lado de los agricultores y de los obreros, enseñarles y colaborar en cualquiera de sus múltiples capacidades, bien sea privadamente ó formando parte de las corporaciones locales, en donde una persona instruída y de buena voluntad puede ser de gran provecho á la masa del pueblo. Repito que, enterado, como estaba, de todo, puedo hablar así con profundo conocimiento de causa.

A pesar de lo cual, las sentencias fueron feroces y tan estúpidas como inhumanas, porque el movimiento, engendrado en el estado anterior del país, estaba demasiado arraigado para poder ser sofocado sólo por medio de la brutalidad.

Las condenas de seis, diez y doce años de trabajos forzados en las minas, seguidas de deportación perpetua á Siberia, eran cosa corriente. Hubo casos, como el de una muchacha que fué sentenciada á nueve años de trabajos forzados y destierro perpetuo á Siberia, por haber dado un folleto socialista á un trabajador; ese fué su crimen. Otra joven de catorce años, la señorita Gukouskaya fué transportada á perpetuidad á una remota aldea de Siberia, por haber intentado, como la Klarchen de Goethe, inducir á una indiferente multitud á que libertara á Kovalsky y sus amigos cuando iban á ser ahorcados, acto tanto más natural en Rusia, aun desde el punto de vista de la autoridad, cuanto que la pena de muerte no existe en el país para los delitos comunes, y la aplicación de ella á los políticos constituía una novedad, una vuelta á tradiciones poco menos que olvidadas. Esta infeliz criatura, abandonada en un desierto, se suicidó arrojándose al Yenisei.

Aun aquellos que salían absueltos de los tribunales eran desterrados por los gendarmes á pequeñas aldeas en Siberia y al Nordeste de Rusia, donde forzosamente tenían que morir de hambre con lo que les pasaba el gobierno, esto es, siete y media pesetas al mes (tres rublos). En tales parajes no existe industria alguna, y al deportado le estaba estrictamente prohibido el dedicarse á la enseñanza.

Como si se tratara de exasperar á la juventud todavía más, á sus consortes no les mandaban á Siberia, sino que antes les hacían pasar un número de años en presidio, cuya triste vida hacía miraran con envidia la de los deportados en la región antes nombrada. Estas prisiones eran verdaderamente espantosas. En una de ellas, que, según dijo su capellán en un sermón, «no era más que un foco de fiebre tifoidea», la mortalidad alcanzó la aterradora cifra de veinte por ciento al año.

En las prisiones centrales, en las de trabajos forzados de Siberia y en la fortaleza, los presos tienen que acudir al plante de rancho, al del hambre, para ponerse á cubierto de la brutalidad de sus guardianes ú obtener ciertas condiciones, como alguna clase de trabajo ó autorización para leer en la celda, á fin de no ser víctimas de la locura en pocos meses.

Los horrores de semejantes huelgas, en las cuales los hombres y

las mujeres se niegan, durante siete ú ocho días consecutivos, á tomar toda clase de alimento, quedando después sin acción y con la mente extraviada, no parece afectar mucho á los gendarmes, los cuales ataban á los postrados presos con cuerdas y los alimentaban forzosa y artificialmente.

Las noticias de estas atrocidades se escapaban de los presidios, cruzaban las ilimitadas distancias de Siberia, extendiéndose en todas direcciones entre la juventud. Hubo un tiempo en que no se pasaba una semana sin que se diera á conocer alguna infamia de este género ó tal vez peor.

Esto fué causa de que la más terrible exasperación se apoderase de nuestros jóvenes. «En otros países —empezaron á decir— los hombres tienen el valor de sus convicciones. Un inglés ó un francés no soportarían semejantes ultrajes. ¿Porqué los hemos de tolerar nosotros? Resistamos con las armas en la mano las incursiones nocturnas de los gendarmes; hagámosles saber, al fin, que ya que la prisión equivale á una muerte lenta en sus manos, sólo muertos podrán apoderarse de nosotros». En Odessa, Kovalsky y sus amigos recibieron á tiros de revólver á los gendarmes que fueron una noche á prenderlos.

La contestación de Alejandro II á esta nueva actitud, fué la proclamación del estado de sitio. Se dividió el país en varios distritos, regido cada uno por un gobernador general, quien recibió la orden de ser implacable y ahorcar sin piedad á los que alteraran el orden. Kovalsky y sus amigos, que, como ya he dicho, recurrieron á la violencia, pero que con sus disparos no hirieron á nadie, fueron ejecutados. El patíbulo se puso á la orden del día; en dos años perdieron la vida en él veintitrés personas, incluyendo á un muchacho de diez y nueve años, que fué detenido fijando una proclama revolucionaria en una estación de ferrocarril; este acto — y llamo la atención sobre él — fué todo lo que resultó en su contra, y, sin embargo, murió, á pesar de ser un niño, con el valor de un hombre entero.

Entonces el santo y seña de los revolucionarios vino á ser «la propia defensa», lo mismo contra los espías que se introducían en los círculos bajo la máscara de amigos, y denunciaban miembros á diestro y siniestro, como medio de ser bien retribuidos por sus servicios, que contra los que maltrataban á los presos, ó los poderosos jefes de la policía del Estado.

Tres funcionarios de alta categoría y dos ó tres simples espías, cayeron en esta nueva fase de la lucha. El general Mézentroff, que indujo al zar á doblar las condenas después de la vista del proceso de los ciento noventa y tres, fué muerto en pleno día en San Petersburgo; un coronel de gendarmes, culpable de algo peor que eso, tuvo la misma suerte en Kieff, y mi primo Dmitri Kropotkin, gobernador general de Khatkoff, lo mataron de un tiro al volver de teatro. La prisión central, en donde primero se efectuó el plante del hambre y se hizo comer á la fuerza á los presos, se hallaba á sus órdenes. En el fondo no era un hombre malo; sé que por su voluntad hubiera sido bueno para el preso; pero era débil y cortesano y no tuvo valor para sobreponerse al mal.

Una palabra suya hubiera bastado para evitar tales horrores. Alejandro II lo quería tanto y era tan grande su influencia en la corte, que su intervención hubiera sido probablemente aprobada. «Os doy las gra-

cias; habéis procedido en un todo de acuerdo con mis deseos», le dijo una vez el zar, dos años antes de esto, cuando vino á San Petersburgo á dar cuenta de la pacífica actitud que había adoptado en un tumulto llevado á cabo por la parte más pobre de la población y la benignidad con que fueron tratados los revoltosos. Pero esta vez aprobó el proceder de los carceleros, y la juventud de Khatkoff se exasperó tanto al ver cómo trataban á sus amigos, que uno de ellos lo mató.

* * *

A pesar de todo, la personalidad del emperador se descostaba de la lucha, y hasta el 79 nadie atentó contra él. El libertador de los siervos estaba rodeado de una aureola que lo protegía mucho más eficazmente que el enjambre de policías que le acompañaba á todas partes.

Si Alejandro II hubiera dado muestras en esta ocasión del menor deseo de mejorar el estado de cosas de Rusia; con que sólo hubiera llamado á uno ó dos hombres de aquellos con quienes colaboró durante el período reformista, y les hubiera ordenado abrir una investigación respecto á la situación del país ó únicamente la de los campesinos; si hubiese demostrado el menor propósito de limitar las facultades de la policía secreta, tales medidas hubieran sido acogidas con entusiasmo. Tan sólo una palabra le hubiese convertido nuevamente en «el libertador», y una vez más la juventud habría respetado la célebre frase de Hérzen: «¡Tú has conquistado, oh, galileo!» Pero, lo mismo que durante la insurrección polaca, sus tendencias despóticas se despertaron en él, é inspirado por Katkoff, apeló á la horca; así también ahora, siguiendo del mismo el consejo, no encontró nada más adecuado que hacer que el nombramiento de gobernadores militares que desempeñaran el oficio de verdugos.

Entonces, y sólo entonces, un puñado de revolucionarios — el Comité Ejecutivo — sostenidos, debo hacer constar, por el creciente descontento de las clases más cultas, y hasta por los mismos que giraban en torno del zar, declaró esa guerra contra el absolutismo que, después de varios infructuosos intentos, terminó con la muerte de Alejandro II.

Dos hombres, como ya tengo dicho, existían en él, y ahora el conflicto entre ambos, que había ido agrandándose durante toda su vida, asumía un aspecto verdaderamente trágico. Cuando tropezó con Solovioff, que le hizo fuego y erró el primer tiro, tuvo la suficiente presencia de ánimo para correr á la puerta más próxima, no en línea recta, sino en zigzags, mientras aquél seguía disparando, escapando así únicamente con un balazo en el sobretodo. También en el día de su muerte dió pruebas de un valor indudable. Enfrente de un peligro real era sereno; pero temblaba continuamente ante los fantasmas de su propia imaginación.

Una vez hizo fuego contra un ayudante, por haber éste hecho un movimiento brusco y creer él que atentaba contra su persona. Sólo por salvarse de la muerte entregó todo su poder imperial en manos de aquellos que, en vez de ocuparse de su señor, sólo pensaban en conservar sus lucrativas posiciones.

Era incuestionable que no dejaba de tener algún afecto á la madre de sus hijos, á pesar de vivir ya entonces con la princesa Yurievsky-Dolgoreiski, con quien se casó poco después de la muerte de la emperatriz. « No me habléis de ella; eso me hace sufrir demasiado », dijo más de una vez á Loris Melikoff. Y, sin embargo, tenía completamente abandonada á su mujer, que nunca se separó de su lado mientras era el libertador, y á quien dejó morir en el palacio relegada al olvido.

Un doctor en Medicina ruso, que ya no existe, manifestó á sus amigos que, aunque no era más que un extraño, se sentía dolorosamente afectado al ver la indiferencia con que se trataba á la emperatriz en su última enfermedad, hallándose, como es natural, alejadas de ella las damas de la corte, no teniendo á su lado más que dos fieles servidoras, recibiendo sólo una vez al día una breve visita oficial de su esposo, que vivía entre tanto en otro palacio.

Cuando el Comité Ejecutivo tomó la enérgica resolución de intentar volar el mismo palacio de Invierno, Alejandro II tomó una medida sin precedente: creando una especie de dictadura, é invistiendo con amplios poderes á Loris Melikoff. Este general era un armenio á quien el emperador había ya, en otra ocasión, dado las mismas facultades, con motivo de haber estallado la peste bubónica en el bajo Volga y amenazar Alemania con movilizar sus tropas y poner á Rusia en cuarentena si la plaga no se contenía. Y ahora que Alejandro veía que no era posible tener confianza ni aun en la policía de palacio, daba omnímodas facultades al mencionado general, y como éste tenía la reputación de ser liberal, de este paso se dedujo que la convocatoria de una asamblea nacional no se haría esperar mucho tiempo. Pero como después de esa explosión no se volvió de momento á intentar nada contra su existencia, recobró la serenidad, y pocos meses después, antes de que aquél hubiera podido realizar algo, pasó de dictator á ocupar el cargo de ministro de la Gobernación. Los repentinos accesos de tristeza de que anteriormente me he ocupado, y durante los cuales el emperador se lamentaba del carácter reaccionario que su reinado había asumido, ahora tomaban la forma de violentos paratismos acompañados de copioso llanto. Pasándose las horas enteras en ese estado, para desesperación de Melikoff. Después de lo cual acostumbraba á preguntar á su ministro: « ¿Cuándo estará listo vuestro proyecto de constitución? » Mas si dos días después aquél decía que ya se hallaba terminado, él parecía sorprendido y como olvidado de todo lo referente al particular, observando con tal motivo: « ¿Acaso lo he pedido yo? ¿Para qué? Mejor será que lo dejemos para mí sucesor. Que él haga ese regalo á Rusia ».

Si llegaban á sus oídos rumores de una nueva conjura, al punto se encontraba dispuesto á emprender cualquier cosa; pero cuando todo parecía tranquilo en el campo revolucionario, se volvía de nuevo del lado de sus consejeros del partido de la reacción y dejaba todo como estaba. Cuando esto sucedía, Melikoff esperaba á cada momento ser dimitido.

En Febrero del 81 dijo el ministro que se había fraguado otra nueva trama por el Comité Ejecutivo; pero por más que se había hecho, no se lograba conocer los detalles. Por cuya razón decidió Alejandro que se convocara una especie de asamblea deliberativa, compuesta de delegados de las provincias. Siempre pensando que le estaba reservada la misma

suerte que á Luis XVI, llamando á la proyectada reunión *Assemblée des Notables*, como la convocada por el mencionado monarca antes de la Asamblea de 1789. El proyecto tenía que presentarse ante el Consejo de Estado, pero de nuevo las vacilaciones le asaltaron. Solamente en la mañana del 1.º (13) de Marzo del 81, después de otro aviso alarmante de Loris Melikoff, fué cuando ordenó se presentara al referido alto tribunal el inmediato jueves. Esto ocurría en domingo, y Melikoff le indicó la conveniencia de no ir aquel día á la parada, por haber temores de que pudiera tener lugar un atentado. A pesar de lo cual fué á ella; quería ver á la gran duquesa Catalina (hija de su tía Elena Paulovna, que había sido una de las directoras del partido de la emancipación en el 61) y darle personalmente la buena nueva, tal vez como ofrenda expiatoria á la memoria de la emperatriz María. Y se dice que le habló de esta manera: « *Je me suis décidé á convoquer une Assemblée des Notables* ». Mas como esta tardía y limitada concesión no se había anunciado, al volver al palacio de Invierno fué muerto.

Todos saben cómo el hecho ocurrió. Se arrojó una bomba bajo su carruaje blindado para detenerlo, y varios circasianos de la escolta resultaron heridos. Rysaroff, que la tiró, fué preso en el acto. Entonces, aunque el cochero del zar le aconsejó con vivo interés que no descendiera, manifestándole que el vehículo había sufrido poco y en él podía conducirlo hasta palacio, él insistió en bajarse. Sin duda creyó que su dignidad militar le imponía el deber de acercarse á los soldados heridos y prestarles consuelo, como había hecho con los que lo fueron también durante la guerra turca, cuando un imprudente asalto á Plevna, y que amenazaba terminar en un terrible desastre, se efectuó el día de su santo. Acercándose á Rysaroff le hizo alguna pregunta, y al pasar después al lado de otro joven llamado Grinevetsky, éste lanzó otra bomba entre él y Alejandro II, á fin de que matara á los dos; y en efecto, ambos no vivieron más que pocas horas.

Allí quedó el emperador desangrándose sobre la nieve y abandonado de todo su séquito; todos habían desaparecido. Sólo los cadetes que volvían de la parada fueron los que lo recogieron del suelo, cubriendo su cuerpo tembloroso con un capote de cadete y su descubierta cabeza con una gorra de los mismos. Y el terrorista Emelianoff, con una bomba envuelta en un papel bajo el brazo, fué quien, á riesgo de ser preso sobre el terreno y luego ahorcado, corrió con los cadetes en auxilio del herido. La naturaleza humana está llena de estos contrastes.

De este modo terminó la tragedia de la vida de Alejandro II. La gente no podía comprender cómo era posible que un zar que tanto había hecho por Rusia, hubiera hallado la muerte á manos de los revolucionarios. Mas para mí, que por suerte fuí testigo de los primeros pasos reaccionarios de Alejandro II y su decadencia gradual; que había podido apreciar el carácter complejo de su personalidad — el de un autócrata de nacimiento, cuyo genio violento sólo se hallaba parcialmente mitigado por la educación; el de un zar que poseía valor militar, pero no el que necesita un hombre de Estado, el de una persona de fuertes pasiones y débil voluntad —, era evidente que la tragedia se desarrollaba con la inevitable fatalidad de uno de los dramas de Shakespeare. El último acto ya estaba escrito para mí; desde el día que lo oí dirigirse

á nosotros los oficiales ascendidos, el 13 de Junio del 62, inmediatamente después de haber ordenado las primeras ejecuciones en Polonia.

IX.

Un pánico horrible se apoderó de los círculos de la corte en San Petersburgo, y Alejandro III, que, á pesar de su colosal estatura y fuerza física, no era hombre de gran valor, se negó á trasladarse al palacio de Invierno, retirándose al de su abuelo Pablo I, en Gatchina. Conozco bien ese antiguo edificio, construido tomando por modelo una fortaleza de Vauban, rodeado de osos y protegido por miradores, desde los cuales se podía bajar por escaleras secretas á las habitaciones del emperador. He visto la puerta reservada que hay en su despacho, desde la que se podía arrojar á un enemigo á la roca cortada á pico primero y al agua después, y la escalera secreta que conduce á prisiones subterráneas y á un camino subterráneo también, que viene á desembocar en un lago. Todos los palacios de Pablo I estaban edificados del mismo modo. Además, una galería subterránea, provista de aparatos eléctricos adecuados para evitar pudieran minarla los revolucionarios, se había construido en torno del palacio de Anichkoff, residencia de Alejandro III cuando no era más que presunto heredero.

Se formó una liga secreta para la protección del zar; se invitaba á entrar en ella á los oficiales de todas las graduaciones, induciéndoles á hacerlo así el ofrecimiento de triples pagas, á fin que se dedicaran al espionaje en el seno de todas las clases de la sociedad. Esto, como es natural, dió lugar á escenas verdaderamente cómicas. Dos oficiales, ignorando que ambos pertenecían á dicha liga, procuraban enredarse mutuamente en una conversación peligrosa durante un viaje en ferrocarril, procediendo luego á arrestarse recíprocamente, descubriéndose después que todo había sido tiempo perdido. Esta liga existe todavía en una forma regular, bajo el nombre de Okrana (Protección), y de tiempo en tiempo se entretiene en asustar al presente zar con toda suerte de « peligros » imaginarios, con objeto de no perder la colocación.

En el mismo período se formó otra organización aún más secreta, llamada la Liga Santa, bajo los auspicios del hermano del zar, Vladimir, con objeto de hacer frente de varios modos á los manejos revolucionarios, siendo uno de ellos el matar á aquellos emigrados políticos á quienes se considerase complicados en las últimas conspiraciones. Yo me encontraba incluído en ese número. El gran duque reprochó duramente á los oficiales de la liga por su cobardía, quejándose de que no hubiera entre ellos ninguno que tomara á su cargo realizar tal empresa, y uno que había sido paje de cámara en la época que yo estaba en el cuerpo fué elegido por la liga para llevarla á término.

* * *

Lo cierto es que los emigrados no intervenían para nada en los trabajos del Comité Ejecutivo, que residía en San Petersburgo. Pretender dirigir conspiraciones desde Suiza, mientras que los que se hallaban en la capital se jugaban la cabeza continuamente, hubiera sido gran locura;

y como Stepniak y yo escribimos en varias ocasiones, ninguno de nosotros hubiese aceptado la misión, bien rara, en efecto, de formar proyectos de acción sin poder tomar parte en ellos. Pero es indudable que á los intereses de la policía convenía hacer creer que si se hallaban impotentes para proteger al zar, era debido á que todos los planes se fraguaban en el extranjero, según le comunicaban sus espías, que se hallaban al tanto de todo, según ellos.

Skobelev, el héroe de la guerra turca, fué también invitado á formar parte de dicha liga, pero no lo aceptó.

Según se desprende de escritos póstumos de Loris Melikoff, parte de los cuales fueron publicados en Londres por un amigo suyo, cuando Alejandro III vino al trono, y dudó si convocaría ó no la Asamblea de Notables, Skobelev le ofreció al primero y al conde Ignatieff (« el Pasha embustero », como le apodaron los diplomáticos de Constantinopla) arrestar al emperador y obligarle á firmar un manifiesto constitucional, en vista de lo cual se dice que el tal conde denunció el proyecto al zar, lo que le valió el nombramiento de primer ministro, en cuyo cargo apeló, siguiendo los consejos de M. Andrieux, el ex prefecto de policía de París, á varias estratagemas, con objeto de paralizar á los revolucionarios.

Si los liberales rusos hubieran mostrado algún valor, aunque fuera muy limitado, y no hubiesen carecido de facultades para organizar la acción, es seguro que en aquella época se habría convocado una Asamblea Nacional. De los mismos mencionados documentos se desprende que hubo un tiempo en que Alejandro III se encontraba dispuesto á realizarlo; así se lo hizo saber á su hermano. Y hasta el viejo Wilhelm I lo alentaba á seguir por ese camino. Sólo después de ver que los liberales no hacían nada, en tanto que el partido de Katkoff no daba paz á la mano, y Andrieux le aconsejaba que aplastara al nihilismo, indicándole el modo de efectuarlo (la carta en que se refiere á esto se halla en el folleto indicado), fué cuando el emperador se decidió al fin á declarar que continuaría siendo el jefe absoluto del Estado.

* * *

Yo fui expulsado de Suiza por orden del Consejo federal, pocos meses después de la muerte de Alejandro II, á lo que no le dí importancia. Asediados por las potencias monárquicas á causa del asilo que el país ofrecía á los refugiados, y amenazados por la prensa oficial rusa de la expulsión en masa de todas las nodrizas y camareras suizas, cuyo número es considerable en el país, los gobernantes suizos, al decretar mi expulsión, dieron de ese modo una especie de satisfacción á la policía rusa. Pero considerado desde el punto de vista del interés suizo, sentí vivamente que semejante paso se hubiera dado, pues constituía una sanción de la teoría de « conspiraciones fraguadas en Suiza », siendo, al mismo tiempo, una prueba de debilidad, de la que Italia y Francia se aprovecharon bien pronto. Así que, dos años después, cuando Julio Ferry propuso á Italia y Alemania el reparto de Suiza, su principal argumento debió haber sido que el mismo gobierno del país había admitido que Suiza era « un hervidero de conspiraciones internacionales ».